

Ciudad de Bohane

Colección Rayos globulares

(16)

R

La editorial agradece el apoyo financiero del Ireland Literature Exchange, con sede en Dublín (Irlanda), para la traducción de este libro.
www.irelandliterature.com · info@irelandliterature.com



Ireland Literature Exchange
Idirmhalartán Litríocht Éireann

Con el apoyo del Programa Creative Europe de la Unión Europea.



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Primera edición: febrero 2015

Título original: *City of Bohane*

© Kevin Barry 2011

First published in Great Britain in 2011 by Jonathan Cape.

Random House, 20 Vauxhall Bridge Road,
London SW1V 2SA

© de la traducción del inglés, Javier Calvo

© de la fotografía de Kevin Barry, Martina Kenji

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2015

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Ilustración de la cubierta: Oriol Tuca Vancells

Producción editorial: Marina Del Valle Blanco

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª

08015 Barcelona · rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

 RayoVerdeEditorial  @Rayo_Verde

Impresión: Estugraf

Depósito legal: B - 158-2015

ISBN: 978-84-15539-88-9

BIC: FA

Impreso en España Printed in Spain

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Ciudad de Bohane

Kevin Barry

Traducción de Javier Calvo

Rayo verde
editorial

Para Olivia Smith

Primera parte
Octubre

La naturaleza del trastorno

Lo que nos pasa, nuestro problema, viene del río. No hay duda: esta peste a maldad que contamina el aire de la ciudad es una peste que viene del río. Estamos hablando del río Bohane. Una explosión maléfica de aguas pútridas que baja bramando de las ciénagas del Gran Páramo, que es lo que engendró la ciudad y le dio su nombre: la Ciudad de Bohane.

Caminaba por los muelles e inhalaba la dulce maldad del río. Ya era pasada la medianoche en el puerto de Bohane. Sus pisadas eran regulares, tenían un ritmo de cuero sobre piedra, tranquilo y lento, y las farolas del muelle encendían en plena noche una neblina verde, una luz de sueño triste. Para Hartnett el rugido del agua era el rugido de su propia sangre, y cuando pasó por los almacenes de mercancías, los perros guardianes iniciaron una secuencia de aullidos por todo el puerto. Mirad a los perros: los pelos del lomo erizados, los ojos amarillos y lívidos.

Sabíamos que se acercaba por los aullidos de los perros.

Los polis se quedaron mirándolo, de lejos: un par de polis montados que daban de beber a sus picazos en un abrevadero del Barrio del Humo. Recién salidos de la escena de un apuñalamiento.

—¿Lo ves?—dijo uno—. El cabrón del Albino.

—Pon en hora tu reloj con él—dijo el otro.

Albino era como lo llamaban algunos, otros lo conocían como el Capo: él dirigía el Cotarro de Hartnett.

Tomó un atajo desde el muelle y se adentró en el Dédalo, el infame Dédalo de Bohane, un laberinto de lo más maligno, una maraña impenetrable de calles. Hartnett tenía la típica pinta del Dédalo: arrogante, con un abrigo Crombie de lo más sofisticado, echado informalmente sobre los hombros de un traje Italianini de *mohair* gris claro. Su dentadura era un cementerio asaltado por vándalos, sí, pero todos cargamos con nuestras cruces. Marcaban el paso un par de botas portuguesas cosidas a mano, y lo que recalcaban, su énfasis, era su dinero.

Los había pelado bien, a los ricos; oh, menudas historias contábamos en Bohane, de Logan Hartnett.

Las húmedas plazas del Dédalo se abrían de golpe, como si boqueasen, y Logan las atravesaba. De madrugada había toda clase de tíos raros rondando por las entrañas del Dédalo. Cuando él pasaba, bajaban la vista y se examinaban las puntas de sus zapatos y sus petacas de oporto: nadie miraba al Capo a los ojos si podía evitarlo. Era extraño, pero estábamos orgullosos de él y al mismo tiempo le teníamos miedo. Se sabía llevar, como decimos en Bohane. Era grácil, llevaba la espalda recta y nunca miraba ni a la izquierda ni a la derecha, sino siempre al frente, con los hombros echados hacia atrás, como si fuera un general. Caminaba por el laberinto árabe de callejones y recodos abruptos que componen el Dédalo y se oía el golpe, el vuelo, el golpe, el vuelo del cuero portugués en los adoquines de las callejuelas.

Y hay que reconocer que Logan estaba en su elemento cuando se adentraba en aquel laberinto. No tenía miedo de las sombras, conocía la fibra misma del lugar y hasta su último giro y deje.

Jenni Ching lo esperaba debajo del espino blanco de la Plaza de los 98.

Hartnett se acercó a la chica y con sus pasos bastó: ella no necesitó levantar la vista para reconocerlo. Él le dedicó una sonrisa de todos modos, irónica y cargada de sufrimiento, como diciendo: ¿Otra vez, Jenni? Y se sentó en el banco a su lado. Puso una mano sobre la de ella, que era minúscula, delicada y asesina.

El banco tenía años enteros de nombres de amantes grabados a navaja.

—¿Y bien, chiquilla? —le dijo.

—El capullo ese que han apuñalao en el Barrio del Humo era un Cusack de Las Lomas —dijo ella.

—¿Y se lo merecía, Jen?

—¿No se lo merecen siempre, los Cusack?

Logan hizo un fino mohín de aprobación.

—Los Cusack siempre han sido mala gente, chica.

Jenni cumplía diecisiete aquel año pero tenía una sabiduría impropia de su edad. También era precavida, y estaba potente con sus pantalones caídos, sus tacones de cuña y el pelo con mechas y recogido en un moño alto con forma de piña. Sacó la colilla de un puro barato del bolsillo de la teta de su chaqueta de vinilo blanco con cremallera y la encendió.

—Ya tengo bastantes líos yo montaos al otro lao del puente, H.

—Ya lo sé.

—Dentro de na' los Cusack se van a montar su venganza, ¿y sabes qué pienso? Que lo único que le falta al Barrio del Humo es esa panda de cabronazos bajando de Las Lomas pa' armar bulla.

—Los Cusack siempre han sido gente dispuesta a hablar, Jenni.

—Pos lo que me da miedo es que no sólo hablen, H. Me han contaó que hace poco le han puesto la marca de los

Cusack a tres bloques de pisos del Norte y que los tres están llenos de chiflaos a los que les mola la bulla, ¿me pillas?

—Demasiado bien, Jenni.

Es una tradición muy respetada en Bohane que las familias de Las Lomas del Norte tengan sus topetazos con las familias del Dédalo. Logan gobernaba el Dédalo, era del Dédalo hasta la médula, y este año además detentaba el poder más feroz de toda la ciudad. Pero los Cusack estaban reuniendo fuerzas y huevos en Las Lomas.

—¿Pa' dónde movemos la pelota ahora, Logan?

Jenni era una chica astuta. Le venía de familia: los Ching eran de una vieja estirpe del Barrio del Humo. El Barrio del Humo era todo putas, hierba, locales para fetichistas, tugurios de grog, callejones de yonquis, salones de sueño y restaurantes chinos. Al Barrio del Humo se llegaba desde el Dédalo cogiendo el puente peatonal que cruzaba el río Bohane, y también estaba en manos del Cotarro de Hartnett. Pero los Cusack se estaban preparando para entrar.

—Pues diría que nos tenemos que mover muy deprisa contra ellos, pequeña Jenni.

—Porque bajarán igualmente, ¿no?

—Oh, de eso no hay duda, niña. Bajarán ladrando. Más nos vale obligarlos a que se muevan deprisa.

Ella reflexionó sobre la táctica.

—¿Antes de que estén preparaos para darnos por saco, di-ces? Machacarles el orgullo y tal. ¿Qué mensaje dará el Cotarro? ¿Os vais a vengar ojo por ojo, Cusack, o es que no tenéis cojones?

Logan sonrió.

—Eres una criatura excepcional, Jenni Ching. —Ella puso mala cara al oír el cumplido.

—Todo un detalle, H. 'Ta claro que los Cusack no nos tendrían que estar buscando las cosquillas, ¿t'enteras? Pero si son una panda de gamberros de Las Lomas y van de chu-

lines y de valientes. ¿Y nos mandan mensajeros al Barrio del Humo? Lo que tenemos que hacer es enterarnos por qué se han vuelto tan valientes de golpe.

—¿Eso qué quiere decir, Jenni?

—Quiere decir que huelen una debilidad. Que se creen que no prestas atención a los negocios del Cotarro.

—¿Y a qué otra cosa puedo estar prestando atención?

Jenni giró su fría mirada hacia él y él se la sostuvo.

—No soy yo quien tiene que decirlo, señor Hartnett.

Él se levantó del banco, sonriente. La mano de la chica no se había calentado ni una pizca en todo el rato en que él había tenido la suya encima.

—¿Quieres que vayamos a por más Cusack? —dijo ella.

Él le devolvió la mirada muy brevemente: la mirada fue su respuesta.

—¿Estás seguro, H? ¿Otro invierno de sangre en Bohane y tal?

Otra sonrisa, y ésta fue lo más gris posible.

—Así se nos pasarán volando las largas noches.

Logan Hartnett estaba decidido a mantener cerca a la chica. En una ciudad pequeña y tan homicida había que vigilar todos los frentes. Reanudó su travesía por la oscuridad del Dédalo. Las calles del viejo barrio son estrechas, mal iluminadas y tienen las paredes abruptas, y los altos riscos de la ciudad le dan al Dédalo un aire recogido. Nuestra ciudad está construida a lo largo de una serie de riscos que encajan el río Bohane casi como una garganta. Las calles bajan abruptamente hasta el río, una corriente negra y rápida que discurre al pie de casi todas ellas, igual de negra que las aguas cenagosas que lo nutren, y un par de millas corriente abajo, el río rodea el último de los riscos y desemboca en el mar susurrante. Desde la ciudad no alcanza a verse el océano, pero sí que se oye en todo momento el rumor de ozono de su cercanía, un rechinar en el aire, como una ronquera. Y es todo tan

deprimente como sólo puede serlo el oeste de Irlanda.

El jefe del Cotarro, Hartnett, eligió un callejón y dobló por él, echó un vistazo fugaz por encima del hombro —siempre tan prudente— y se metió en un portal. Pulsó tres veces un timbre metálico, esperó y lo pulsó dos veces más. Se fijó en una araña que bajaba haciendo rápel desde la parte superior del marco de la puerta y disfrutó de su descenso medido y por etapas, aunque ya estaba muy avanzado el año para aquel bicho, era octubre y la ciudad estaba ya de un humor parduzco. Hubo un movimiento apresurado al otro lado de la puerta, la tapa de la mirilla se retiró y la reemplazaron el círculo negro de una pupila y su pequeño sobresalto; el cerrojo hizo un ruido metálico, seguido de otro, y la puerta de metal rojo se deslizó con un chirrido —*¡ñiiiiiii!*— sobre sus guías. Tendrían que engrasarlas, pensó Logan, mientras aparecía Tommie el Barman: un tipo pequeñajo con pinta de nabo y pelo en pecho. Hizo una reverencia y susurró.

—Ya pensaba yo que sería usted, señor Hartnett. Ya era su hora, parece.

—Dicen que la rutina es vecina de la locura, Tommie.

—Dicen demasiás cosas, señor Hartnett.

Hartnett encendió su pálida sonrisa para el Barman. Entró, tiró de la puerta con firmeza sobre sus guías hasta cerrar la tras de sí con otro ruido metálico —*¡ñiiiiiii!*—, y los dos hombres se adentraron por un estrecho pasillo; sus paredes de color rojo vivo sudaban como paredes de discoteca, que era justamente lo que había sido antes el edificio, aunque ya llevaba mucho tiempo reconvertido.

Muy lejos quedaban los tiempos de las discotecas en Bohane.

—¿Y cómo está su señora, señor Hart?

—Está de maravilla, Tommie, ¿por qué no iba a estarlo?

La sonrisa del Albino se volvió repentinamente tensa y aterrorizó al Barman. También le invadió la duda.

—Era una pregunta na' más, señor Hart.

—Muchas gracias por tu interés, Tommie. Ya le diré que has preguntado por ella.

Extraño fue el velo que le descendió un momento sobre los ojos, y a continuación el pasillo se curvó, dobló un recodo y desembocó en un cuarto sumido en la penumbra y enturbiado por un murmullo de voces suaves y nocturnas.

Era el Mesón de Tommie.

El centro de reuniones del poder de Bohane.

Los márgenes de la sala estaban ocupados por banquetas de terciopelo rojo. En las banquetas había sentados unos tipos corpulentos de carrillos colgantes que le debían mucho a la poca iluminación de la sala. Se trataba de los comerciantes de la ciudad, tipos aficionados a la laca para el pelo, el licor fuerte y las grasas saturadas.

—Borrachos y puteros todos —dijo Logan, lo bastante alto como para que lo oyeran quienes quisieran.

Al otro lado del fino parquet había una elegante barra con barandilla metálica. Logan desfiló solemne hacia ella, y la obsesión por sacar brillo a los bloques del parquet francés del suelo se hizo evidente en la joroba de Tommie el Barman mientras se adelantaba a toda prisa y pasaba agachando la cabeza por debajo de la trampilla de su barra de bar. A continuación cogió su trapo y le sacó brillo apresuradamente al sector de la barra donde Logan se sentaba todas las noches.

—Le estás abriendo surcos, Tommie.

Logan extrajo los brazos de las mangas de su abrigo Crombie y lo colgó de una percha que había debajo de la barandilla de la barra. Quedó a la vista de todos el mango de su cuchillo —de madreperla con detalles turquesa—, remetido por dentro de su cinturón para que asomara un poco nada más, con la chaqueta levantada a la altura de la hoja para que se viera mejor. Alisó con la mano el *mohair* de su traje Italiani. Se quitó un hilo suelto. Se pasó distraídamente la punta

del pulgar por el pómulo de súper estrella.

—Entonces, ¿has oído algo raro por ahí, Tommie?

El Barman experimentó un sobresalto evidente.

—¿Raro, señor H?

Logan sonrió fingiendo inocencia.

—Digo que si corre por ahí algún cotilleo, Tommie, ¿no?

—Ah, pues solamente lo de siempre, señor Hartnett.

—¿Eh?

—Pues quién va a por quién. Quién se va a cargar a quién.

Quién se lo ha buscado y qué le pasará.

Logan se apoyó en la barra y bajó la voz una nota.

—¿Y alguna cosa de fuera, sobre el Gran Páramo, Tommie?

El Barman sabía muy bien de qué estaba hablando: la noticia ya corría.

—Supongo que habrá oído usted el rumor...

—¿A qué rumor te refieres, Tommie?

—Pues de cierta... persona a la que han visto por ahí.

—Di el nombre, Tommie.

—Es un rumor na' más, señor Hartnett.

—Dilo.

—Es un nombre na' más, señor Hartnett.

El Barman recorrió la sala con la mirada; tenía los nervios de punta.

—El Gant Broderick.

Logan se estremeció como una chiquilla para mostrar su burla y tamborileó con los dedos sobre la barra un redoble rápido de tambores.

—Primero los Cusack y ahora el Gant —dijo—. Debo de haberme portado como el culo en una vida anterior, ¿eh, Tom?

Tommie el Barman suspiró mientras sonreía.

—Quizás también en ésta, señor H.

—Oh, bravo, Tommie. Así me gusta.

El Barman se animó tanto como pudo.

—¿Le ha cogido a usted el canguelo, señor?

—Oh, ya lo creo que me ha cogido, Tommie.

El Barman colgó de su clavo el trapo de limpiar la barra. Soltó un triste intento de silbido despreocupado. Tommie no podía esconder en su cara la sensación que reinaba ahora mismo en la sala, los matices y tonos de las conversaciones que se arremolinaban en ella. Logan siempre lo usaba como barómetro del estado de ánimo de la ciudad. Bohane puede ser de lectura difícil. Tiene nombre de sitio aislado y contradictorio, y efectivamente, somos propensos a los ataques de rabia y de hilaridad, lo cual nos hace impredecibles. El Barman tamborileó nerviosamente en el parquet con las punteras, y le salió un ritmo desenfadado.

—¿Qué le quitaría a usted la preocupación, señor Hartnett?

Logan se lo pensó un momento. Dejó que su mirada ascendiera hasta el ventilador que giraba estoicamente en el techo, segando el humo azul de la sala.

—Tráeme una docena de ostras de las tuyas —le dijo—. Y un trago generoso de John Jameson.

El Barman asintió con la cabeza para mostrar su aprobación mientras se ponía manos a la obra.

—Pa' qué vamos a vivir en plan pobre, señor Hartnett.

—Sí, Tommie. Más nos vale elevarnos por encima de las bestias salvajes.